

# Donde Rayos

Carmen Julia Holguín Chaparro

---

Mención honorífica en el concurso de cuento del Festival Internacional de Escritores y literatura de San Miguel de Allende 2020.

---

—¿Cómo? Pero si yo a esa hora estaba despierta y no oí nada, ni los disparos, ni las ambulancias y las patrullas. ¡Qué raro!

—A mí me platicó una vecina apenas salí a barrer el frente de la casa. Dice que ella y su marido sí oyeron todo y hasta salieron de chismosos a ver qué pasaba, pero llegó la policía y no los dejó pasar.

—¡Válgame Dios!

—Quién sabe en qué cosas andarían metidos.

—Pues metidos o no, ya ven cómo el señor del expendio salió lastimado cuando mataron a aquel muchacho que acababa de comprar cervezas.

—Ay sí, pobre. Dicen que lo mataron porque andaba cobrando piso y le fue a cobrar a la gente equivocada.

—Me acordé también del pobre hombre que mataron frente a su casa...Y frente a la mía, ¡Jesús bendito! No estaba metido en nada, pero la mujer se quería quedar viuda.

—Qué terrible, ¿verdad? Yo oí el disparo y ahí voy de chirinolera a asomarme. La mujer lloraba exageradamente y le decía cosas al muertito. Mi hermano la oyó y dijo “Esa vieja está fingiendo”. Yo hasta me enojé con él y miren, al final resultó que fue ella la que lo mandó matar para quedarse con la casa.

—Pobres de los niños: el papá muerto y la mamá en la cárcel.

—Pues a ver qué pasa con los heridos de anoche. Dicen que les dispararon directo en la cabeza. Está muy pelona la cosa.

—Y dos muertitos, ¿verdad? ¡Qué tragedia! ¿Ya me apuntó el mandado, Rayitos?

—Sí, pero no le he dado la salchicha. Déjeme la peso.

—Pues dicen que a uno de ellos ya lo traían amenazado...

—Oiga, y que a su esposo le robaron el carro hace unas semanas. Me dijo mi viejo.

—Ni me diga. Yo lo encontré en un deshuesadero a los pocos días. Casi el puro cascarón. Sentí rete feo, como cuando encontré el cadáver del viejito al que le rentaba.

—¿Tú lo encontraste?

—¿El carro? Pues sí, ya le dije...

—¡N'hombre! Al viejito.

—¿De cuál viejito hablan? ¡Buenos días!

—Uno al que le rentaba uno de los cuartos que tengo para alquilar. Un vecino me vino a decir que hacía varios días que no veía al señor y que se le hacía raro que hubiera dejado una silla afuera, porque era muy cuidadoso. Todavía me tardé...

—Oiga, ¿me cobra esta soda?

—Son 23.50.

—¿Y luego?

—Ah, pues sí. Todavía me tardé en ir a ver qué pasaba y nada que cuando abrí la puerta luego, luego vi al señor ahí tirado sobre la cama, bien hinchado, ya casi explotaba.

—¡Uy! ¡Qué feo! ¿Dónde están las tortillas?

—Atrás, junto al pan dulce... Dicen que las chicas que salieron heridas acababan de llegar con los otros muchachos, a saludar, y que en eso se aparecieron los sicarios. Pero sí, al Teto ya se la tenían jurada; a los demás, ya les tocaría.

—Y dondequiera es lo mismo, ¿eh? Los que tienen dinero, porque la compran; los que no, porque la venden, y los otros porque estaban ahí o iban pasando y ni modo que se encierre uno en su casa.

—Sí, en todas partes está igual. Aquí en la Oviedo hasta nuestro descuartizador tuvimos... ¡Qué cosas!

—¡Ándale! Como de película.

—Los vecinos del tipo dicen que en las noches escuchaban ruidos extraños, pero dónde se iban a imaginar que el hombre estaba mochando en partes a un cristiano.

—Pues sí, uno no piensa esas barbaridades de un vecino. Hasta se me enchina la piel, ¡Mire!

—Claro que no. Ya ve que decían que el que había tirado todas esas partes en el arroyo ni era de La Oviedo, que los mataba y los cortaba en otra parte y venía a tirar los pedazos aquí.

—Pues no era de aquí. Rentaba.

—Dicen que los llevaba a la casa ofreciéndoles cerveza.

—Cómo jala el fregado vicio. Pero como sea, ojalá que se apacigüen las cosas. Me da un pendiente cuando mis muchachos se salen en la noche.

—Y a mí con mi 'ja que llega de la maquila en la madrugada y tiene que subir la loma solita.

—Anden, en la noche y en el día, ahorita a los malandros y a los sicarios no les importa si hay luz o está oscuro.

—Hasta eso. Para la delincuencia ya no hay horarios.

—Pues a cuidarnos entre nosotros un poco. Ayer entraron a robar a la casa de mi hermana en la colonia Los Mezquites, pero el vecino oyó ruidos y salió a ver qué pasaba. Era apenas la una de la tarde. Vio a un muchachillo desconocido salir con una mochila y le gritó. El ratero salió corriendo y el vecino tras él, nomás que el canijo lepe soltó la mochila y pues ya el vecino la tomó y esperó a mi hermana para contarle.

—¡Qué aventado!

—Sí. Eso es ser un buen vecino.

—Es que no es fácil. Le da a uno miedo meterse y que le pase algo.

—Mi hermana vive en Estados Unidos y el otro día me contó que un tipo estaba molestando a una uchaha afuera de un restaurante y un chavalito mesero salió a defenderla y el tipo sacó una pistola y lo mató.

—Me hizo acordarme de la nieta de doña Esperanza, la que mató el fulano novio de la otra muchacha.

—Uy, sí, pobrecita. Su hermana era la que andaba en malos pasos y ella fue la que pagó los platos cuando salió a ver por qué discutían los muchachos.

—La abuela casi se vuelve loca, primero entierra al hijo que encontraron muerto en un basurero y al rato a la nieta.

—Pues sí. En fin. La plática está muy buena, pero me tengo que ir a hacer almuerzo. Deme un kilo de huevos, por favor Rayitos, y me los apunta, por favor.

—Yo también ya me voy. Yo creo que mi viejo ya hasta ha de haber acabado de desayunar sin tortillas... Ahí las veo luego.

—Mañana toca el abono de la tanda. Aquí las espero...

# TIC-TAC

**Fredy Mendieta Rodriguez**

Esta noche, en este cuarto, a esta hora de la mañana no suena más que un tic-tac. Trata de acercarse, pero como todas las noches, será un esfuerzo en vano. Sentirá el frío desprecio que viene sin caricias, sin palabras. Pasará horas mirando el techo de ese cuarto oscuro donde solo suena tic-tac, donde se han escuchado más reclamos de él y llanto de ella que palabras de cariño o respiraciones sincronizadas en el calor del sudor. Contó 4745 veces el sonido de tic-tac antes de perder la cuenta, o eso cree él. Tal vez perdió la cuenta antes de llegar a los 2500, tal vez no llegó a 500. Mira ese techo oscuro y no puede evitar pensar en su pasado, en las veces en las que sus parejas miraban el techo con la misma insatisfacción y tristeza con que ahora sus ojos lo hacían. Antes era él quien dormía, quien sin caricias y sin palabras de cariño, ignoraba. Antes era él quien dejaba de lado un cuerpo que en ocasiones temblaba acurrucado mientras humedecía la cara con sal y un llanto mudo hacía lo posible por no molestar, para que él pueda descansar, para que ella no sea incomodidad en esas horas de la noche. En muchas ocasiones él escuchó reclamos persistentes de parejas de su pasado, que se quejaban de una falta de apetito constante, de una falta de querer hablar las cosas, de una necesidad de recibir besos. Los reclamos de unos labios que solo quieren afecto, de unos brazos que se conforman con abrazar, aunque una caricia no estaría nada mal.

Esta vez se trata de él, en su mente, en su corazón y en su cuerpo anhela caricias y besos, anhela hablar las cosas, aunque sabe por experiencia propia, al ser él el que antes hablaba, que las palabras muchas veces no explican. Que las palabras se convierten en pretextos para finalmente poder irse a dormir, sin necesidad de gastar (porque no son inversión) caricias en ese cuerpo caliente que yace al lado. En ese cuerpo que no solamente está buscando satisfacción, sino que siente anhelos de sentirse vivo, de llenarse de fuerzas para poder seguir uno o dos días más. Son las mismas palabras que cuando salga el sol dirán “es solo sexo”, aunque en el fondo sabemos que no solo se trata de eso, se trata de silenciar las voces que dicen que no hay nada vivo conectando esos dos cuerpos, que lo que yace allí es la rutina, un poco el desespero de no haber conseguido nada mejor, al sonido del tic-tac que parece ser lo único que quiere hablar.

Antes lograban hablar, antes, ella le contaba de donde había comprado ese reloj de pulsera. Antes le contaba que lo había comprado en una tienda de un aeropuerto durante años más felices, donde ella no tenía que soportar los reclamos de ese cuerpo inerte que solo mira el techo, mientras escucha ese reloj, lo único constante en esa relación. Antes, ese tic-tac anunciaba a gritos el paso del tiempo para que él tuviera que despedirse de ella, momento que odiaba profundamente, aunque podía sentir en ella un alivio de que ese momento llegara. Antes el tic-tac era presente, y el escucharlo, era poder compartir con ella. La inminencia del fin, y la alegría del presente.

Esta noche intentó acercarse de nuevas maneras y no darse por vencido. Aunque guardó esperanzas en algunos momentos, la única diferencia sustancial con otras oportunidades es que ya ni siquiera recibirá un abrazo que lo consuele en la noche. Esta noche el abrazo será para la almohada. En este momento, mientras mira el oscuro techo del cuarto, piensa en las múltiples veces en las que fue él quien terminó durmiendo, abrazando la almohada, mientras que su pareja pasaba largas horas mirando el techo y tratando de entender que era lo que había mal, el por qué no era lo suficientemente digna para recibir esas caricias en la mente, el corazón y el cuerpo. En qué haría al día siguiente para poder recibir un poco de cariño, un mínimo de afecto.

No podemos decir que todo hay sido igual en ambos casos. Porque antes, sus parejas guardaban esperanza “mañana estará de mejor humor... seguramente está cansado por el trabajo... mañana lo haré mejor, y podré demostrarle cuánto lo amo para que finalmente quiera compartir conmigo un poco de ese amor que le da a mi perro, mañana no tendré tanta culpa a esta hora de la noche y podré dormir abrazándolo, felices, después de tanto amor que nos habremos dado”, pero él ya ha recorrido ese camino desde la perspectiva de la

persona que duerme sin pensar en ese cuerpo que yace al lado, buscando respuestas en un techo oscuro que no va a responder nada. Él sabe que el humor que ella traiga a casa será el mismo, que seguirá cansada por el trabajo, o por lo menos, que eso funcionará como pretexto. Que no importa qué tanto se esfuerce por hacerlo mejor, por prepararle el café y el desayuno como a ella le gusta, que no importa que tanto amor le demuestre, al final del día, será su perro quién reciba más cariño. Él sabe que en las horas de la mañana donde todavía no existe el sol, seguirá viendo el mismo techo, con la culpa de no haber hecho lo suficiente, que dormirá sin abrazos, sin sentirse amado, ni siquiera deseado y buscando respuestas en un techo que no responde a sus preguntas, en una noche donde solo suena tic-tac.

Mira el techo y piensa en todos los techos donde antes sus parejas buscaron respuestas, con la diferencia que, al haber estado en el otro lado del abismo, él conoce las respuestas. Sabe que no se trata de las muestras de amor que se den en el día, de si esas muestras son suficientes. Sabe que no se trata del cansancio, sabe que no importa qué tanto se esfuerce, no logrará ser tan bueno para ella. Sabe que la insatisfacción que ella siente en este momento está justificada en las falencias que él sabe que tiene y que, en muchos casos, ni siquiera ella conoce. Sabe que juzgó de manera implacable a personas que solo buscaban un poco de ese calor humano que hace la vida más llevadera, y sabe que el juicio que recibe en este momento de manos del destino no es otra cosa que karma, que divina retribución, que no son más que las consecuencias de haber escupido hacia arriba y esperar que nada de eso le volviera al rostro.

Esta noche, él recuerda con ternura su pasado. Demasiado tarde... Tic-tac. Esta noche, él ha decidido renunciar a la esperanza de que cuando amanezca, va a tener una oportunidad de mejorar todo, para ver si en algún momento del día recibe un poco de ese calor que le ayuda a seguir viviendo. Esta noche, mira el techo, y se promete renunciar a cualquier esperanza de tener un día mejor, esta mañana sin sol, esta mañana de luna, se promete no mendigar más amor, ni aceptar sobras de algo que alguien más dejó. Él sabe a estas horas de la noche, que el reloj de pulsera que ella lleva marca un tic-tac. Él quiere creer que es un tic-tac que no marca las horas para que amanezca, sino que marca las horas para que todo termine.

# Buscando la palabra

Carmella Scordia Pacheco

---

Growing up in northern New Mexico with my grandmother, I often took for granted the amazing linguistic capacity she had for code-switching while retaining the Spanish she was taught from home since her formal education was conducted in English. While pursuing an MA in Hispanic Southwest Studies with the Department of Spanish and Portuguese at the University of New Mexico, I began to understand and value the profound art she was creating each and every time she spoke. Pen, paper, and often a recorder in hand each time I visit her, new words are recorded and jotted down. In this way, language recovery and language regeneration occur intergenerationally. Ida, as she prefers for me to address her, never fails to teach me something new about our language. Here is one such story rooted in vernacular justice.

---

“Ida, what is that word again? You know, the word for suspenders?”

---Oh, ya no te digo. You need to think about it and remember.

“But, why? Petachos? Ricales? Oh, I just don’t know! Please tell me, it’s on the tip of my tongue!”

---No, little piñon, you have to remember.

“But I can’t; it’s on the tip of my tongue and you’re holding it in all this time without telling me!”

---Oh, now you know how I feel, tan viejita, con Alzheimer’s y todo. Now you can feel like I feel do cada día. Siempre me pregunto algo de algo. Ya sabes como me siento.

The next day I think, and I think, and I think. What is that word for suspenders that my gramita always uses? I look it up in the Spanish-English dictionary. Nope, not that.

I am suddenly frantic as the common thought crosses my mind. One day I may not be able to ask her of all these treasures she holds, of our Nuevo Mexicano language, of all her cuentitos, historias y todo. One word, that’s all I need right now though.

I ask her if she knows the word I found in the dictionary. “¿Qué? ¡Yo que sé!”  
Several days go by and I just can’t take it any longer.

“Ida, please tell me the word for suspenders that you use.”

---Do you have a pen and a paper, mija? “Yes, please just tell me!”

Pretales. P-R-E-T-A-L-E-S\*

\*Pretales, known in traditional northern New Mexican Spanish as the clasps to *pecheras*, or overalls, is also used to reference suspenders. Also commonly known as *tirantes*, this short dialogue validates the regional language variation with the term *pretal*. Derived from the Spanish verb *apretar* meaning to fasten, to grip, or to apply pressure, *pretal* is also known as one of the straps or breast plates used for horseback riding. *Pretal*,

along with other words of the northern New Mexico dialect (such as arrear, meaning to steer or “to drive”), can often be traced to agricultural uses. Such lexicon has traversed the times and continues to be used today.